

CÉSAR DÁVILA ANDRADE

Cabeza de gallo
y otros cuentos



Cuarto Creciente

Compilado de cuentos

CABEZA DE GALLO Y OTROS CUENTOS

César Dávila Andrade

CABEZA DE GALLO

Sobre la colina cerníase una diabólica tormenta de vitalidad. Entre las parvas de bagazo rojizo y los galpones embanderados, entre el olor de la tierra recalentada y las emanaciones de los toneles, la plaza ardía como un horno encendido la víspera. Oíanse disparos de pólvora vana. Grandes globos de colores cabeceaban en el aire; a veces, una racha de viento les hundía los flancos y derivaban peligrosamente como criaturas golpeadas en el abdomen.

Ignoraba a dónde iba y con quiénes estaba. Todos constituíamos una gran familia enajenada, rodeada de vapores y espejismos. Las vociferaciones, los cánticos, y el estrépito metálico de las bandas de música, nos volcaban en el centro de una barahúnda boba, surcada por sacudidas de mecánica cordialidad. El aire resonaba y refulgía en torno a nosotros y alguien daba disparatadas vueltas al manubrio de esta máquina de sonidos y visiones. De un momento a otro, íbamos a ser paridos estruendosamente sobre un mundo encendido por los cuatro costados. La atmósfera como una matriz gigantesca empezaba a contraerse y sus musculosas paredes exprimían nuestros cuerpos hasta convertirlos en guiñapos. Era aterradoramente bello ser batido y molido con los dioses y las nubes, los caballos, las mulas y las cañas y los toneles y las tiendas de colores que crujían, y olvidar todos los límites dentro de aquel fluctuante cataclismo, mar de formas y percepciones. A ratos llegábamos al infinito y volvíamos repelidos por las casca-

das del océano universal, tan parecido a un baño de cieno caliente. Los jinetes, ya borrachos, atravesaban la plaza con sus caballos encintados, y nos golpeaban sin causarnos daño. Todos los peligros se tornaban curiosamente blandos dentro de la holgada y calurosa cavidad de la fiesta: una entrañable demencia les quitaba el poder de herir. En cierto momento apreté los dientes para no ahogarme y logré recordar que me hallaba en medio del carnaval de la colina de Barriovientos. Experimenté entonces una punzante extrañeza a causa de mi propia reflexión, pues allí solo había sitio para esa cosa inaudita que es la vida recalentándose dentro de la gran vasija del aturdimiento. Y no sé cómo me vi en una de las esquinas de la plaza, junto al hombre encargado de elevar los globos. En ese instante hinchaba con humo de chamizas un gran globo elíptico sobre el que estaba pintada una custodia con sus rayos de oro. En el centro de la base, a dos palmos del suelo, ardía una bola de estopa que mandaba el aire caliente al interior del globo. Las superficies vibraban y crujían contra el viento. Cuando estuvo lleno y a punto lo levantó hasta la altura de su rostro, le imprimió un movimiento circular, y el globo partió cabeceando hacia la altura.

En medio del resplandor de la mañana, las llamas errantes se volvían invisibles, pero aunque sus lenguas eran absorbidas por la luz del sol, no perdían su fuerza ascensional y las huecas figuras se empequeñecían cada vez más y tomaban los rumbos más caprichosos. Algunas, súbitamente desventradas por una espada de fuego, se precipitaban como guiñapos lacios en la lejanía, en tanto que otras eran arrastradas hacia los bosques o caían cerca de una casa perdida en el campo, o terminaban de arder sobre un tejado ante el sobresalto de los mayores y el asombro de los niños.

Seguí el globo en que iba pintada la custodia y llegué a una pequeña explanada en la que un grupo de personas rodeaba a un campesino encorvado en la tarea de cavar un

hoyo. A su lado, una mujer sostenía un hermoso gallo de plumas aceradas, brillantes, y de vistosa cresta.

La embriaguez de las primeras horas se evaporaba de mi cabeza y me dejaba en un estado de estupor que me obligaba a contemplar todas las cosas como si ocurrieran en una atmósfera imposible de compartir y al mismo tiempo, inevitablemente ligada a mi conciencia.

Con su mano en forma de cuchara, el campesino acabó de extraer los últimos terrones del hoyo y pidió el gallo a la mujer. El ave, con las alas plegadas, estaba envuelta en un trapo de colores. Las patas amarillas salían por debajo del trapo, atadas con una fibra de cabuya. El hombre lo tomó y le enterró dejándole fuera únicamente la cabeza, en torno a la cual apelmazó la tierra golpeando con el puño.

Las risas y las exclamaciones ahogaban los cloqueos del gallo, pero sus ojos, como dos gotas de cristal, miraban enloquecidos a todas partes.

El campesino limpió el cascajo sobrante de los lados y contempló satisfecho su obra. A ras de tierra brotaba una matita extrañamente insólita: un tallo erizado de plumas, una flor viva que se desesperaba por arrancarse del suelo.

Un muchacho gigantesco y flaco, de largos brazos huesudos, empezó a golpear las manos por encima del grupo. El que capitaneaba la diversión le vendó los ojos con un pañuelo, y otro le proveyó de un palo nudoso, de unos dos metros de largo.

Le condujeron a cierta distancia del grupo y le obligaron a dar varias vueltas sobre sí mismo, en tanto que recitaban una absurda letanía lugareña.

A continuación, le abandonaron todos a un tiempo y se alejaron de puntillas, a fin de despistarle acerca del lugar que escogían para contemplar el desarrollo de la acción.

El muchacho vendado apoyó el palo a modo de bastón, elevó la mano izquierda y recorrió con ella la atmósfera varias veces, sobre su cabeza, esforzándose por orientarse hacia el lugar en que brotaba del suelo la cabeza del gallo.

De pronto, se volvió con viveza.

Había oído una pequeña risa reprimida y ese detalle le dirigió.

A continuación, rieron todos los del grupo y le alentaron con palabras a seguir el camino que había tomado.

Empezó a avanzar tanteando el suelo con el palo, que ahora aferraba con ambas manos.

Un muchacho, desprendiéndose del grupo, se adelantó con gran sigilo y colocó un pedazo de mazorca de maíz en el trayecto del vendado. Este descubrió la mazorca con la punta del palo, y creyendo que había alcanzado la cabeza del gallo, elevó derechamente el garrote. Cuando lo tuvo vertical sobre sí mismo, tomó una larga aspiración, la retuvo y enseguida descargó un golpe tan feroz que hizo pedazos la mazorca y aventó los granos en todas direcciones.

Todos estallaron en horribles carcajadas. El garrote volvió a elevarse buscando direcciones en el aire. Se orientaba como una aguja. Un cloqueo furtivo semejante a una burbuja que se rompe, le dio el indicio decisivo.

Ahora avanzaba derecho.

Cuando la cabecita coronada de crestas rojas estuvo al alcance del garrote, una mujer lanzó un chillido nervioso. El vendado bajó el palo y empezó a rastrear el suelo con el extremo, sensible como un dedo. De pronto, el gallo se sintió tocado y emitió un quejido de sorpresa. En el pico entreabierto la lengua le palpitaba con afilado vaivén.

Ahora sí, el palo se elevaba contra el cielo, absorbiendo toda la energía y la maña de los brazos del vendado. De repente, descendió relampagueante.

El grito de los espectadores reventó con violencia y terminó en un murmullo de mal humor. El vendado había errado el golpe.

En ese instante por detrás de un corte del terreno, apareció un muchacho con los ojos desorbitados, y gritó:

—¡Favor! ¡Se quema la iglesia!

Hubo un segundo de parálisis. El silencio dio una vuelta completa alrededor de sí mismo. Enseguida, un grito único se arrancó de las lenguas y todos corrieron hacia la plaza.

El pañuelo que había servido de venda, todavía anudado, cayó cerca de la cabeza del gallo.

Yo fui acercándome a él. Ambos estábamos alegres de que todos se hubieran marchado y de que ardiera la iglesia.

Movió la cabecita de derecha a izquierda y con una atención conmovedora, sus ojos de rubí reunieron la inmensidad.

¡Sentirse sepultado vivo y no poder aletear ya nunca ni estirar la pata con el espolón bajo el ala desplegada!

Lanzó un cloqueo de asombro y sacudió la cabecita. Miré hacia donde él miraba y vi a la gallina Clara-legor salir de entre la alfalfa. Venía preocupadísima. Llegó junto al enterrado, pero no pudo decirle nada en el primer momento. Un cloqueo oscuro le hirvió en el buche y la garganta sin acertar a salir. Era angustia con olor a maíz tibio y a gorgojos.

Clara-legor ladeó la cabeza como cuando empollaba acostada en el nido, y con delicada atención escuchó el bullicio en el espacio en el que se forman los puntos que pugnan por convertirse en pollos. Picoteó el suelo en torno al cuello del enterrado, y sus patas escamosas, no muy aseadas, empezaron a escarbar nerviosamente.

Esa fue la señal.

Comprendiendo que los jugadores podían volver, me apresuré a libertar al ave. A poca distancia vi la barreta del campesino y removí con ella la tierra apelmazada en torno al enterrado. En pocos minutos este estuvo fuera. Lo libré de la mortaja y le desaté las patas amarillas.

En el primer momento, amortiguado el cuerpo por el entierro, cayó sobre el flanco izquierdo y quedó así, latiendo y acezando unos segundos. Por fin se incorporó y se sa-

cudió aparatosamente haciendo rebullir varias veces todas las plumas.

Cuando las aves se alejaron, una gran pluma de fuego ascendió a través de los árboles.

Bajé. La fiesta se había inmovilizado. De todas partes acudían hacia la iglesia nuevos curiosos, pero ahora sus rostros tenían un vago aspecto de espanto. El aire de jolgorio se había cambiado en malestar. Se desparramaba un humo ancho y negro con olor a cera de altar y a trapo viejo. A causa del sol no se veían las llamas, pero el calor que se difundía era un indicio de la gravedad. Todas las puertas de la iglesia estaban abiertas y temblaban y la gente apiñada en torno dejaba arder el interior sin poder intervenir en nada. Nadie tenía una gota de agua por esos contornos, y solo un río angurriente, sin sonido, era visto abajo, serpeando despacito por el fondo de una gran quebrada.

Cuando el incendio empezó a morder el altar compuesto en lo alto con la imagen crucificada del Patrón de la Fiesta, la gente cayó de rodillas murmurando y clamando un milagro. Pero no ocurrió nada.

En poco tiempo las llamas devoraron todo lo que encontraban, con furia ruidosa y desmelenada. Y solo quedaron algunos escombros ralos, que al poco rato, caían como tizones negros.

Yo fui de los primeros en entrar en el recinto humeante de la iglesia. Todo era ceniza y mamarrachos carbonizados. Pero cuando llegamos al lugar en que había caído el altar del Patrón de la Fiesta, entre los escombros renegridos y los adornos quemados, vimos el cuerpo del crucificado, que sin brazos ni piernas, apenas había sido tocado por el fuego. Su rostro, manchado de ceniza y envuelto a medias en un jirón de cortinaje púrpura que no había llegado a consumirse, adquiría un punzante aspecto de gallo de riña maltratado y sangrante sobre el suelo sucio y descompuesto del combate.

Y de pronto, sus ojos de vidrio inertes y anhelantes, me recordaron vagamente los ojos diminutos y vidriosos de alguien a quien aquella misma tarde, había visto mirarme desesperadamente.

PRIMERAS PALABRAS

Primero, murieron agostadas las sementeras de los alrededores de la ciudad. Amarillas y vanas, inclináronse las plantas de maíz; y la tierra de los barbechos y los senderos se agrietó como la piel humana en contacto con la cal.

Las reservas del campo desaparecieron repentinamente, y era inusitado ver un rábano o una lechuga en los mercados.

Las pencas —antes azules y carnosas— secábanse desde los bordes hacia adentro, y caían en pedazos crujientes, rodeados de una hilaza que se convertía en polvo. A orillas de los pantanos —hoy resecos— los grupos de carrizos dormían carbonizados.

Los cereales escondidos por los ricos adquirieron el prestigio de las leyendas; y al hablar de ellos, la gente ponía en sus palabras la modulación reservada a los relatos de tesoros ocultos, mandas y legados...

El agua de los ríos desapareció como absorbida por la entraña de una bestia subterránea, y asomaron las piedras de los cauces, redondas y secas. A veces, el esqueleto de un pececillo, entre las grietas. Y, de tanto en tanto, a la sombra de las grandes piedras, un hilo de perezoso líquido semejante a orina de caballo.

Él, como todos los pequeños carpinteros de la región, quedó sin trabajo. Nadie solicitaba ya una silla o un banquillo; y, por otra parte, encargar la confección de un armario o de un arcón, hubiera sonado a burla en aquella época.

Un día, acompañado por la mujer que iba cargada con el mueble, salió a vender una de las dos camas que poseían. No les fue muy difícil: el hambre había multiplicado el número de los especuladores. Dormirían en la que les restaba, aunque fuese demasiado estrecha.

Vendieron después una pollera bordada de ella, un sombrero de paja con cintillo negro de seda, una mesa que contenía un altarcillo de nogal tallado por él, y, finalmente, se vieron frente a la angustia de no tener qué enajenar.

Una tarde, tras una discusión violenta, de la que ella salió con el rostro ensangrentado, sin culpa decidió él vender su traje dominguero.

El dinero les abasteció para dos semanas de estricta economía, hacían una sola comida y recalentaban una porción al anochecer, frente a la tienda, entre unas piedras lamidas por el fuego de la leña menuda.

Por la noche del primer día que pasaron en ayunas, regresó él borracho. Era casi increíble; pero estaba allí, a la vista, y tambaleaba. Nuevamente viose ella ensangrentada a causa de los golpes; además, tuvo que pasar la noche en el suelo desnudo, junto a la hija —la muda, como la llamaban— tiritando, hasta llegar al adormecimiento.

Un día le tocó en suerte una pequeña obra. Tratábase de un ataúd para un niño. El dinero obtenido les ayudó, escasamente, a pasar cinco días.

Los víveres que expendían los almacenes oficiales eran caros y restringidos; estaban representados solo por tres artículos: sal, maíz y arroz. A nadie vendían más de una libra por vez.

La mujer esperaba durante horas, mezclada a las de su clase, ante las rejas de los depósitos. Cuando le tocaba el turno, ya sus manos habían olvidado de extender el cesto que llevaba.

Regresaba tarde, sudorosa y pálida, andando lentamente, ya sin hambre, a la tienda enclavada en las afueras, a la vera de la anciana carretera del norte.

Encontraba al marido tendido sobre la cama, envuelto en una nube de irritación y de resentimiento.

Otras veces, le encontraba en unión de algunos compañeros del oficio, jugando a la baraja con una reconcentración casi bestial. Echaban las cartas en absoluta mudez, que endurecía aún más sus rostros. Deseaban, sin duda, olvidar a cualquier precio, y retirarse al fondo de sí mismos.

Cierto día de la quinta semana de hambruna, durante el cual no consiguieron ni siquiera un mendrugo hacia la tarde, se presentó ella en la tienda, con un paquete de papel encerado junto al seno.

—He conseguido algo —balbuceó, y se quedó en silencio, mirando al marido que se levantaba del lecho, con visible somnolencia y malestar.

—Entonces ¡reparte! —gruñó, rascándose los brazos que se le habían enflaquecido de una manera alarmante durante la última semana.

Obedeció ella, deshaciendo el envoltorio al pie de la cama, y extendiendo el contenido.

Eran unas sobras frías de carne, una pequeña tortilla magullada, unos mendrugos de pan blanco.

—¿En dónde te regalaron esto? —preguntó él, observando oblicuamente.

—En una casa rica... —repuso la mujer.

—¿De caridad...?, volvió a interrogar él, mientras le temblaba la ceja izquierda, como siempre que se gestaba en su pecho un estallido de cólera.

Comprendió ella vagamente lo que se avecinaba y no se le ocurrió otra cosa, sino acariciar la cabeza de la pequeña hija (la muda), queriendo con aquel gesto, calmar el ánimo de su compañero.

—Sí. Me regalaron... —acertó a decir, desfalleciéndole la voz en las últimas sílabas. Pero, con una violencia inesperada, agregó:

—Quizás mi cara les dio compasión, y me llamaron; ¡no he mendigado!

Y al referirse a su propio rostro, llevóse una mano a las mejillas huesudas y grises y a las ojeras verdosas.

Dos gruesas lágrimas —cuyo ardor le admiró— le saltaron de los ojos, sin que las pudiera reprimir. Y en el mismo y brevísimo instante, experimentó un suave gozo en lo más oscuro de su corazón, creyendo haber ganado aquella vez sobre el ánimo turbulento de su compañero. Pero él, con furia inexplicable, se levantó temblando y tomó el sombrero. Antes de salir, con voz siniestra y desgarrada, exclamó:

—Si mendigas de nuevo, te mato. ¡Ya sabes!

Y arrojando la puerta, salió.

La mujer permaneció atontada durante un lapso indefinible, mirando la puerta por donde había desaparecido.

Una ola tibia le humedeció, al fin, la garganta y comenzó a parpadear como si ya hubiera comprendido los hechos.

Afuera, había anochecido.

Entonces, sin saber con fijeza lo que hacía, se arrojó al suelo de rodillas, y se deshizo en llanto.

Minutos después, calló súbitamente, como si el hilo del lloro hubiera recibido un imprevisto tajo. Físicamente, no podía más. Una pasividad estúpida le endurecía el rostro. Deslizó una mirada en torno, y vio que la hija —la muda— dormía tranquilamente después de haber devorado las sobras, sin dejar una migaja. No pudo reprimir, entonces, un ligero sentimiento de aversión hacia la pequeña. Sin embargo, la alzó y la puso en la cama, con extraña y dolorosa delicadeza.

El marido regresó con la noche ya avanzada. Oyó su tos espesa, unos pasos antes de la puerta. Golpeó. Fue ella a abrir, temiendo siempre que pudiera volver ebrio. Tembló al ceder la hoja de madera y la claridad espectral de la luna le bañó el flácido seno.

—¿Estabas dormida...? —preguntó.

Escuchándole, comprendió ella que esas palabras guardaban una vaga fórmula —tal vez inconsciente— de des-

agravio y arrepentimiento.

—No dormía. Te esperaba —repuso confiada en su buena suerte, y experimentó una ligera alegría al hacerle saber que no era indiferente hacia él.

Un ronquido gutural, fue la contestación.

Desvestióse a oscuras, y fue a ocupar su puesto junto a ella, que sin saber la causa, se sentía extraña en su propio lecho. La hija, la muda, dormía a un lado de la madre, suspirando de una manera enternecedora durante el sueño.

Guardaron minutos de silencio y mutua tensión. Ambos sabían que cada cual se hallaba atento a la respiración del otro; y, sin embargo, prolongaban con una suerte de gusto trágico, aquella penosa situación. Finalmente, habló él:

—Dicen que el hambre seguirá...

—Nos moriremos... —suspiró ella, aliviando la opresión de su pecho.

—Vendamos algo más... —propuso él, con ligero titubeo.

—Ya no tenemos nada —repuso mansamente la mujer.

Tras esta frase él guardó silencio, como si hiciese mentalmente el inventario de los bienes que les restaban. Mas, como no conservaban sino esa pobre cama, la mujer comprendió que el silencio se debía a otra causa y volvió a decir:

—Sí. ¡Ya no tenemos nada!

Entonces él, casi a gritos, expuso lo que había venido pensando desde días atrás: —¡Venderemos a la chica!

A continuación, tosió de un modo claramente amenazador.

Como si hubiera recibido un golpe intempestivo, ella se encogió y la respiración huyó como un hilo. Una nube densa oscureció sus ideas. Haciendo un esfuerzo doloroso, casi muscular, a pesar de su debilidad, logró rasgar el tupido velo que la ahogaba y respiró profundamente, dominándose.